

944
©

DP 257
HS
C3

Esta obra es propiedad del Editor.



RICHARD COVINGTON
LONDON

MADRID, 1884.—Establecimiento de los Sucesores de Rivadeneyra.

CAPÍTULO PRIMERO.

Antecedentes necesarios.

Ántes de convertir los ojos al año que nos proponemos historiar, describirémos los meses últimos del año anterior como premisa indispensable al desarrollo lógico de nuestro importante trabajo, y sin más exordio, entramos de lleno en los asuntos de mayor interes político.

Porfian los cortesanos del Pontífice, pues hasta ellos alcanzan las competencias de nuestra vida, por interpretar cada cual á su guisa, y todos á derechas, el pensamiento inefable contenido en la conciencia infalible de su enorme oráculo. En otros tiempos, tales porfías, dada su magnitud, empeñaríanse por los claustros ó por las aulas; mas en este nuestro siglo se urden y empeñan, natural resultado del tiempo presente, por las columnas de los periódicos diarios. *Il Observatore Romano* pareció, quizás á causa de su vetustez, sobradamente inclinado á la reaccion, y se publicó hace poco *L'Aurora*, más inclinado en su naci-

miento á las conciliaciones. Ahora se conoce que no ha bastado *L'Aurora* como intérprete veraz de las ideas abrigadas en las cimas del Vaticano, y se funda otro diario que lleva por nombre *Il Godofredo*. Parecía que, dada la inmarcesible aureola cuyo nimbo rodea las sienes del rey vírgen y santo, su nombre místico estaba destinado, en el vocabulario eclesiástico, á expresar cosas más bien sobrenaturales que naturales, perdidas allá en las cimas del cielo y en los misterios de la eternidad; algo como esos espíritus puros, etéreos, invisibles, los cuales traen el aliento creador á los mundos ó llevan al Empíreo el eco de la plegaria universal, en sus continuos aleteos y en sus descensos de lo infinito á lo finito y en sus ascensiones de lo finito á lo infinito. Mas hanlo pensado de otra suerte los buenos eclesiásticos vaticanos, y acaban de lanzar un prospecto poniendo á Godofredo por cobertera..... ¿de qué? preguntaréis. Pues de una lotería. Convencidos, sin duda, los piadosos sacerdotes de que no basta con la santidad incommunicable de sus ideas y con la virtud indecible del nombre adoptado para llamar suscritores, han decidido repartir á cuantos se abonen unos billetes que, si os tocan alguna vez, os dan derecho á decir tal ó cual número de misas, despues de las cuales puede caer sobre vuestra frente pecadora tanta lluvia de indulgencias que os regeneren y os

den la santísima bienaventuranza. No he visto jamas combinacion tan bien urdida como la mezcla y aligacion de los arrebatos y arrobamientos y éxtasis religiosos con cosas tan mezquinas de suyo como los juegos de azar. Si el fomento de la lotería es todo lo que tienen á mano esos eclesiásticos para conducirnos al cielo, tememos que sus crédulos suscritores vayan á dar en las garras de Santanas, por haberse alzado á mercaderes como aquellos despedidos por Jesus de la eterna casa de su padre. Y luégo se maravillan estos señores de la general impiedad, cuando ellos arrojan los cálices á la fundicion donde se acuñan las monedas.

Nadie ha pugnado como yo para que la democracia reconociese de grado su origen evangélico y acatase á la Iglesia católica en vez de promover disentimientos religiosos, propios tan sólo para sembrar guerras en los ánimos y detener y retardar el movimiento de todos los progresos. Pero debo decir sin reserva que muchos de los conflictos lamentados provienen de la enemiga del clero á las públicas libertades y al espíritu moderno. Esos obispos, que percibiendo un sueldo de la República y gozando las preeminencias ofrecidas por un Estado tan poderoso como el Estado de Francia, desacatan la civil autoridad tanto como los demagogos y atizan la guerra civil tanto como los legitimistas, ¡oh! parecen resueltos en conciencia

y adrede á quitar almas á la religion y tender el desierto en torno de los altares católicos. Creeríamos imposible que uno de los prelados del Mediodía se haya, en su fanatismo, atrevido á celebrar la fiesta del último triste vástago de los Borbones franceses como si aún estuviera en el trono.

Hay más, mucho más todavía, igualmente nocivo á la Iglesia y al Estado, en las cóleras episcopales, tan contrarias á la mansedumbre y caridad evangélicas. Como dijera, no há muchos dias, al obispo de Angers, á Freppel, prelado batallador en la Cámara, uno de sus colegas que dependia del Estado, inconvenientemente que sólo dependia del Papa. ¿Cómo es eso? Pues hay que renunciar al sueldo percibido de las arcas del Tesoro, y al nombramiento hecho por el Presidente de la República, y al presupuesto votado por las dos Cámaras, y á las garantías ofrecidas por un Estado democrático, de quien se reciben todas las prerogativas y todas las preeminencias, pero á quien no se le cumplen las obligaciones y los deberes en la correspondencia natural de oficios que lleva consigo todo cargo público. Es de justicia: si el clero se aferra, con demencia verdaderamente suicida hoy, al proceder de otros tiempos, irreconciliable con la libertad y la democracia modernas, él y sólo él recogerá la cosecha de males contenida en tan perversa siembra, y conti-

nuará la obra tremenda de aislar en la cima de los panteones góticos de la Edad Media el Pontificado y la Iglesia.

Los tiempos no están para que las aristocracias religiosas arriesguen muchos intereses y desafien á muchas batallas. En el seno de las sociedades más pagadas de su tradicion siéntense impulsos á soluciones que parecian privativas de las escuelas más radicales y más utópicas. En parte alguna del mundo tienen la Iglesia establecida y el patriado histórico arraigo como el que alcanzan ambas instituciones antiguas en el semirealengo y semialodial suelo de Inglaterra. Mezclado el protestantismo y sus ideas, como la nobleza y sus privilegios, al desarrollo mismo de la libertad, confúndense con la nacion y su historia, con el derecho y su vida, con el Estado y su independencia. Cuando acudís á la Cámara Alta ó á la catedral de San Pablo en Lóndres, y notais el supersticioso culto que allí rodea el santuario de la nobleza y del clero, diríaisles eternos, pues al desarraigarlos de la sociedad creeríais desarraigar tambien la nacion del planeta ó al pueblo inglés de la nacion. Y nos engañamos nosotros mucho en todos nuestros presentimientos, si las reformas discutidas ahora para el interior régimen de los Comunes no tienden á evitar, más que las obstrusiones irlandesas, las obstrusiones conservadoras, en los altos

y trascendentes cambios preparados por el primer ministro á favor de la democracia, como cumplimiento á sus compromisos con los radicales y como compensacion á la política imperial y conservadora seguida por fuerza en los asuntos egipcios.

Las Cámaras están circuidas en Inglaterra de una tradicion tan sagrada como la liturgia secular en los antiguos templos. Huelen á historia los Parlamentos ingleses, como huelen á incienso las catedrales católicas. El sargento de armas; el saco de leña; el blason áureo; el *speatler*, con su túnica de mangas perdidas y su peluca empolvada; la maza histórica sobre la mesa presidencial; el capellan de las Cámaras; el reglamento, escrito más en la memoria que en los libros; las fórmulas de rito, en sí tan sagradas como las antiguas fórmulas de jurisprudencia romana: todo esto constituye una especie de vida histórica, en la cual arraiga mucha parte de la fortaleza obtenida por el régimen inglés, como asentado de antiguo sobre bases verdaderamente inconvencibles y tallado en la razon pública y en el tiempo eterno, coordinando así la fuerza del derecho con la fuerza de la tradicion y de la historia. Pues en todo eso ha puesto mano el primer ministro con audacia digna de un tribuno revolucionario y de un Bautista radical. Cualquier partido, cualquiera, podrá detener una reforma en el Parlamento inglés con sólo pro-

ponerse prolongar indefinidamente las discusiones. Así, medidas tan beneficiosas como la abolicion de la trata, ó como la emancipacion de los esclavos, ó como la libertad de los católicos, ó como las prestaciones del juramento litúrgico, han tardado lustros y lustros, detenidas por una libertad de discusion que se perpetuaba indefinidamente, como no concluyesen por imponerse con su imperio incontrastable las santas indignaciones del voto público apoyado en el juicio claro y explícito de la pública conciencia. Pues bien; ahora las discusiones del Parlamento inglés, las discusiones eternas, se concluirán y terminarán cuando lo resuelva la Cámara por simple mayoría. En vano hase presentado una tras otra enmienda en requerimiento y logro de algun respeto para la tradicion y la historia. En vano se ha querido que las dos terceras partes del Congreso y no la mayoría pura y simple decidieran la terminacion ó clausura del debate. Su primer ministro ha mostrado una entereza rayana en la tenacidad, y la clausura por simple mayoría se ha decidido ya, despues de largos y tempestuosísimos debates. El partido irlandés, cuyas obstrusiones sistemáticas tanto han contribuido á esta radical y trascendente alteracion, despues de resistirse, ha concluido por ceder, sumándose á la mayoría, en prevision, ó cuando ménos presentimiento, de que á ninguna clase ni

partido le interesa tanto como á los irlandeses el detener y contrastar las obstrusiones conservadoras.

En efecto, segun mi sentir, el suelo de Irlanda es como un campo donde Gladstone, el gran reformador de nuestros tiempos, ensaya las reformas várias, aplicables despues al suelo de Inglaterra. Parece la pobre nacion maltrecha un desahuciado enfermo expuesto en clínica triste á las experiencias y ensayos de médicos audaces. Aquella Iglesia luterana, tan rica, eterno testimonio del triunfo de los sajones protestantes sobre los celtas católicos, obra de los nombres que señalan el engrandecimiento inglés, como Oliverio Cronwell, Guillermo de Orange, aquella Iglesia, especie de áureo clavo puesto sobre la frente de cada irlandes para significar su servidumbre, ha caido en nuestro tiempo, rota y deshecha por un estadista, que si ama exaltadamente á su patria, no cree necesario confundir el patriotismo con la tiranía y con la violencia. Las reformas sociales de Irlanda preparan tambien el movimiento social de Inglaterra. Gladstone, auxiliado en su oposicion y en su gobierno por los radicales, siente y comprende que no basta para satisfacer á éstos una nueva política y se necesita una nueva sociedad más en armonía con el espíritu moderno y ménos apegada de suyo á las ruti-

nas aristocráticas y monárquicas. Y no sólo medita la destruccion de las vinculaciones y de los mayorazgos, con lo cual arrancará su raíz al trono y al patriciado, sino que tambien medita la asociacion del arrendatario á la propiedad. Poco previsor será, muy poco previsor quien, despues de haber visto el empeño de Gladstone por alterar el reglamento, no vea tras él otro empeño, mayor y más trascendental aún, dirigido contra las antiguas instituciones británicas, el mayorazgo en la propiedad, el clero privilegiado y la iglesia oficial, la Cámara de los Lores.

Confesamos que pocas obras políticas de la Europa contemporánea merecen tanto nuestro aplauso como la reforma de Irlanda por la iniciativa de Gladstone. Digan cuanto quieran sus enemigos, el primer ministro se ha interesado en su larga y gloriosa vida por los vencidos como no se interesára jamas ninguno de los repúblicos ingleses, en ningun tiempo de la historia. Últimamente aún, y con motivo del discurso pronunciado en la comida del Lord Corregidor, ha dicho con evangélica unción, cuyos acentos recordaban el lenguaje de los puritanos, cómo aguarda que la isla hermana, reconociendo sus esfuerzos por salvarla, éntre de lleno en la vida del derecho. Al considerar que de quinientos crímenes agrarios cometidos mensualmente hace poco, han bajado ahora en estos me-

ses últimos á cien, su ánimo se esparce y explaya como su esperanza y su fe se recrean mirando más despejados y tranquilos horizontes en los espacios de próximo y seguro porvenir. Mucho ha hecho con su palabra O'Connell por la tierra de su cuna y por la religion de sus padres en el grande y logrado empeño de la libertad completa de los católicos; pero ha hecho más Gladstone, con su reflexiva y madura voluntad, por una tierra y por una raza sometida y eternamente contraria por siglos de siglos á su propia patria, ¡sublime abnegacion! la cual presta resplandores más vivos aún á la grandeza de su idea y á la santidad de su justicia.

Peró de vez en cuando sobreviene un caso, el cual asombra todas estas ideas y aterra y marchita las más lisonjeras ilusiones, como el atentado al juez Lawsson. Salia éste, conocido por su actividad en reprimir las rebeliones y castigar á los rebeldes, pocas tardes hace, á la hora de anochecer, con su obligado acompañamiento de dos guardas á caballo en armas, y á pié cuatro agentes encargados de atisbar cualquier amenaza y contener cualquier atentado. Nadie creeria que pudiese un criminal atreverse á quien va guardado en sus salidas y en sus paseos de tan formidable suerte. Pues se han atrevido, y hubieran inmolado al juez en plena calle, como inmolaron á Cavendish en

pleno parque, de no andar bien listos los agentes á impedir un crimen, arrancando de las manos del atrevido certero revólver, que llevaba ocho proyectiles de carga. El juez, al verse detenido así en medio de una calle concurrida, se desmayó, y esta es la hora en que no ha podido salir de la triste angustia que le causa el verse bajo tan aterradoras amenazas. Proceden contra sus intereses las gentes de Irlanda no aviniéndose á la política conciliadora de Parnell y no contentándose con las reformas alcanzadas hoy, gérmenes de otras superiores para mañana. Inglaterra es una demasiado grande nacion y necesita, para su tranquilidad y reposo, de Irlanda. Cuantos han profetizado la decadencia británica de antiguo, han visto sus profecías burladas y desmentidas por los hechos. En una de las últimas sesiones parlamentarias aparecieron de pronto en la tribuna de los Comunes varios oficiales del ejército indio, llevados á Londres para presenciar una revista y recibir los homenajes debidos á su lealtad y arrojo en la campaña egipcia. Los hijos del Ganges, reyes un dia del Oriente y siervos hoy del Occidente, hijos de aquellos que levantaron las primeras aras y vertieron las primeras ideas; padres de nuestra raza; tostados por el sol del Asia y del África, vestidos á la oriental, apareciendo allí como recuerdos vivos del Imperio guardado por la isla de las nie-

blas y de las sombras en la cuna del día y del sol, merecieron que la primera Cámara del mundo se levantára en peso, y volviéndose á ellos, entrados allí contra reglamento, como en Lóndres contra ley, pues tenían armas, les consagrarse un ruidoso y fervorosísimo aplauso, muy semejante al rumor del antiguo Senado latino cuando entraban los representantes de las razas vencidas en el sacro templo de la Victoria Romana. Y aquellos aplausos indicaban algo más que un sentimiento de orgullo, indicaban una esperanza muy fundada y firme, la esperanza de poner algun día medio millon de hombres, traidos por los elementos de transporte mejores que han conocido los siglos, á cualquier campo de batalla donde se litiguen los intereses británicos. ¿No dice nada todo esto á los pobres irlandeses empeñados en el temerario imposible de vencer á su poderosísima dominadora la invencible nacion inglesa? La resistencia es un suicidio, y el suicidio puede dar el descanso de la muerte á los individuos desesperados, pero no á las naciones inmortales.

La prueba del poder británico se halla en la cuestion egipcia. Destruyendo la intervencion de Francia y acaparando el canal de Suez, tan sólo suscita protestas de fórmula y obstáculos de aparato. Ultimamente ha mandado Inglaterra su embajador en Constantinopla, lord Dufferin, al Cai-

ro, para demostrar cómo se ha concluido el supremo imperio de los sultanes en el antiguo dominio de los Faraones. El enviado pertenece á la estirpe de los experimentados estadistas británicos. Gobernador de las Indias por mucho tiempo, diplomático de Oriente ahora, en cargos tan importantes ha desplegado facultades dobles, la habilidad y la energía, difíciles de juntar en una sola personalidad y de constituir un solo temperamento. Al despedirse de la córte donde representaba un poder tan grande y tenía una tan legítima influencia, en guisa de los antiguos señores feudales, ha dejado como rehenes á sus dos hijos. Cosa difícil para tal diplomático, volver por los rehenes, despues que haya de Turquía separado region tan hermosa y unídola por el vínculo de una indirecta conquista con el Imperio. Mas nadie se mete con los hijos de naciones que representan la conquista.

Y para ver cómo se agrava la británica sobre su Egipto, no hay sino seguir las manifestaciones várias del Gabinete inglés. En vano la oposicion ha querido indagar lo porvenir y saber cuanto encerraba en las entrañas de sus ocultos propósitos la política dominante. Á todas las interrogaciones Gladstone ha respondido con esos discursos largos y embrollados, los cuales, diciendo mucho, áun dicen ménos que la reserva y el silencio. Maestro en la palabra, nadie le gana hoy allí á concretar

las cuestiones é iluminarlas, si quiere darles concrecion y luz. Pero nadie tampoco, en queriendo embrollarlas, gánale á confundirlas y oscurecerlas. Más fácil adivinar un enigma de los entallados por el tiempo antiguo en los obeliscos y en las esfinges sobre la pasada suerte del Egipto, que un discurso de Gladstone, confiado al aire de la Cámara, sobre la suerte por venir de nacion tan extraña y tan caida en manos de los ingleses. Lo que sacamos de sus aseveraciones en limpio, es que las tropas de invasion subian á treinta y dos mil hombres, miéntras las de ocupacion se han reducido á unos doce mil escasos, los cuales quedarán allí por algun espacio de tiempo. ¿Y á cuánto este tiempo se alargaria? ¡Oh! Averígüelo Vargas. Nada tan relativo como el tiempo, que nunca se detiene. Los que cuentan cien años llaman jóvenes á los de cincuenta. Los siglos, comparados con la eternidad, son mucho ménos que las gotas comparadas con el mar ó las arenillas comparadas con el desierto. Puede la ocupacion prolongarse muchísimo si, como indican los menores indicios, deben pagarla de su peculio los vencidos, rehacios en aprontar tributos, y mucho más á los ingleses, quienes apénas perciben ni la mitad siquiera de lo percibido en los tiempos anteriores á su reciente dominacion. El primer ministro ha comparado la ocupacion británica del Egipto en 1882 con la

ocupacion europea de Francia en 1815, y no sabemos qué ha querido con tal comparacion, si exaltar á sus africanos súbditos ó dirigir maquiavélicas amenazas á sus contrariados vecinos al verlos tan tenaces en demandar una parte del despojo, si hubieran tenido en el combate parte. Hasta los periódicos ingleses más leídos resucitan el antiguo aforismo socrático y dicen que sobre la ocupacion egipcia sólo saben que no saben nada.

Pero sabemos, si bien confusamente, cómo allá en el Sudan, tierra donde las corrientes del Nilo se pierden por completo entre los misterios que rodean sus ignorados manantiales, acaba de levantarse una cruzada fanática y supersticiosa contra los perros cristianos reunidos en el Cairo para devorar á los fieles musulmanes y contra el cobarde y traicionero Emir del Egipto, que consiente con calma la invasion y aún contento la obedece y acata. Jamas la idea nuestra, de antiguo connaturalizada con las lentitudes propias de la civilizacion moderna, podrá comprender cómo cuatro predicaciones al aire libre reúnen esas inmensas moles movibles de pueblos en armas, que se trasladan de un punto á otro, conducidas por la palabra de cualquier santón ó por la gumía de cualquier guerrero, á irrupciones fatales y ciegas, semejantes á los giros del huracan en la soledad inmensa de los silenciosos arenales, tan áridos de

vegetacion como fecundos en profecías y en plegarias. Á nosotros los españoles no deben decirnos qué sea eso, pues tenemos testimonios de todo ello grabados en nuestra historia de la Edad Media, y guardamos huellas todavía de tales plagas en las ruinas de nuestros santuarios y en las piedras de nuestros caminos. Un profeta del Islam, Abadlah, suscita los caudillos almoravides, á quienes industriára en sus dogmas y disciplinára con su látigo, lanzándolos, no sólo sobre las heréticas ciudades de la fiel Andalucía, sino sobre nuestros propios reyes en Zalaca, nefasto campo de terrible derrota; y otro profeta del Islam, Mahomed, simple atizador de lámparas en una mezcquita, engendra los almohades, quienes allende y aquende nuestro estrecho se sobreponen á los almoravides y vencen tambien á nuestros reyes en Alarcos, batalla que les hubiese abierto el camino de Francia y demas pueblos europeos, á no interponerse nuestros padres, movidos por su valor, y obligarles á morder el polvo en los sangrientos picos de las Navas. Ya sabemos que todas estas irrupciones suelen adelantar y retroceder con la celeridad de cualquier fenómeno natural; pero tambien sabemos que suelen causar muchos daños, sobre todo si cuentan, como ahora, con la complicidad universal del Egipto, aún confiado en que Alah, por intercesion de Mahoma, les envíe cual-

quier mahedi encargado á un tiempo de su redencion y de su venganza.

Es muy observada y atendida en el asunto egipcio la suerte de Arabi, ayer en las cumbres del Gobierno y hoy en las tristezas del cautiverio. La expectacion pública, concentrada en esa gran tragedia, suele aplicar el oido á las cerraduras del calabozo para escuchar y saber cómo siente los rigores quien ayer tuvo las mercedes todas de la tornadiza fortuna. Tamaños contrastes aumentan, así el interes general de los espectadores, como el carácter trágico de los protagonistas en tan terribles incidentes. Hasta hoy, Arabi sólo ha publicado una breve carta, bien distante del oriental estilo por cierto, diciendo que corriera de suyo á las armas para evitar la dominacion extraña, mas convencido y penetrado por ulteriores experiencias y revelaciones de que los ingleses no son tan malos como parecian á primera vista, se rindió, cuando aún contaba 35.000 hombres de línea y probabilidades muchas de resistencia. Despues de decir esto, ya por todos sabido, cuentan las crónicas diarias que ha sujetado á exámen de sus jurispruditos valedores varios ensueños, con los cuales quiere palmariamente demostrar cómo en sus hechos le moviera un impulso divino; caso tan propio del hijo natural de Oriente, que creeriais leer antigua página sacra de cualquier libro litúr-

gico dictado en aquella extraña region de las teocracias y de los dioses. Y añádense sucedidos que mueven á verdadera lástima, levantando en los más indiferentes indeliberada indignacion. Al pasar de manos inglesas á manos egipcias y encerrarlo en los calabozos del Jetife, aquellos cortesanos, tan complacientes y serviles en los dias de su dominacion, trataron al general como á un perro. La noche del 9 de Octubre habíase Arabi rendido al sueño, cuando á eso de las ocho y media le despierta una grande algazara de voces várias encrespadas á la puerta de su calabozo. Los goznes ruedan y los pórtones abren paso á diez ó doce soldados, que acompañan á un favorito del Jetife, llamado Ibrahim-Bajá, quien de rabia demente, y olvidado del respeto debido á la desgracia, llama cerdo al pobre Arabi, le insulta y escupe al rostro, le pone las manos encima, golpeándole con tal furia y ensañamiento que imaginó el pobre cautivo llegada la hora de su muerte. Francamente, Inglaterra está en el caso de intervenir para evitar tamañas ofensas á un vencido. El infeliz dictador no se rindió á sus rivales de la córte y del ejército nacional, sino á los soldados del pueblo invasor y enemigo. Un grande respeto se le debe, por infeliz en sus empresas y por prisionero de guerra. Y dejarle maltratar así equivale á complicidad con la cruel barbárie africana ó es impotencia para de-

tener los caprichos del Jetife y descargar sus increíbles rencores y sus injustificables venganzas. Para destruir el efecto de tal proceder han apelado los humanitarios ingleses á una condenacion solemne de Arabi á muerte, indultándolo despues y conduciéndolo á la isla de Ceylan, donde vivirá muy bien, pues diz que allí fué confinado Adan despues de abandonar el paraíso.

No hace mucho tiempo, á principios de otoño, pasó el príncipe Napoleon por Madrid. Pocos le conocian entre nosotros, naturalmente, por no haber estado aquí desde los dias del 49 y por haber, á las injurias de los años, perdido aquella olímpica fisonomía que tan completa semejanza le daba con Napoleon el Grande. Pero uno de mis amigos, que personalmente le conociera en casa de Girardin el año 48, acercósele, guiado por un sentimiento de hospitalidad al verlo solo, y entabló con él una verdadera conversacion política, recurso para departir tan socorrido en todos los actos del comercio social, como los recursos que procuran el tiempo y la estacion. Está visto; las ideas cuya virtud penetra con la educacion primera en el cerebro, salen dificilmente, conservándose, como se conservan el acento y los modismos de la infancia en toda nuestra vida. El príncipe se mostró muy esperanzado de un retroceso nuevo á la monarquía, en atencion á las dificultades encon-

tradas por la república. Y para este retroceso descartó la persona del Conde de París, perdida completamente desde que visitó al Conde de Chambord, concentrando en su familia y en su tradición bonapartistas el simbolismo natural del único principio monárquico hacedero en tiempos de revolución y en pueblo tan democrático é igualitario como Francia.

Un émulo se le presentaba, en su sentir, algo temible, un émulo de régia familia, el Duque de Aumale, quien desea constituir cierta magistratura semirepublicana y semimonárquica, como la de Holanda, en cuya virtud puedan los Orleans, revolucionarios y Borbones al mismo tiempo, representar en fines del siglo décimonono idéntico ministerio que el representado por los Oranges á fines del siglo décimosétimo. Pero los Orleans sólo representan en Francia las clases medias, y desde la revolución última impera el sufragio universal, para cuyas muchedumbres será preferible siempre, puestas en el caso de optar, á un Orleans, un Bonaparte.

Mecido por tales ilusiones el príncipe Napoleon ha iniciado en estos últimos días una nueva era de propaganda imperial. Á pesar de los desdenes con que ha recibido el público todos sus diarios, proyecta crear uno que al mismo tiempo salga en las capitales de los ochenta departamentos de

Francia. Llegado á la pubertad su heredero, el príncipe Víctor, lo ha conducido él mismo al regimiento, donde debe iniciarse su educación militar, y allí ha dicho palabras bien expresivas de sus fantásticos proyectos y de sus inútiles maquinaciones. Para Jerónimo Bonaparte, para este Catilina de su dinastía, el bonapartismo no es tanto el Imperio semicarlovingio con que sueña la derecha de su partido, como el principio revolucionario en una dictadura organizada. ¡El principio revolucionario! Tamaño error difundido por Thiers en sus historias, por Quinet en sus discursos, por Beranger en sus canciones, por David en sus cuadros, nos trajo la reacción imperial del año 51; reacción horrible, así para la humanidad como para el progreso. Y ahora que las agitaciones socialistas vuelven, que los desengaños anejos á toda realidad vienen, que se divide por necesidad el partido republicano, que surge con sus inconvenientes el déficit, que baja el papel, se quiere de nuevo matar la República, la forma inseparable de la democracia y de la libertad, para hundirnos en los babilónicos proyectos de un Sardanápalo de comedia. No, mil veces no. La Revolución y el Imperio se contradicen, como se contradicen el día y la noche, la verdad y el error, el bien y el mal, puesto que la Revolución y su idealidad sublime, sean cualesquiera las dificultades presentes, sólo